

“Pedagogía de la ley”, por el Dr. Julio César Labaké

Conferencia pública, brindada el 6 de diciembre de 2010.

Nota: Conservamos el ritmo de la exposición oratoria.

Muy buenas tardes. Lo primero que tengo que decir es un “gracias” muy cordial al doctor Sanguinetti. Yo siento que me une y nos une un vínculo de mucho afecto y respeto. En nombre del afecto admito las cosas que ha dicho, pero son exageraciones. Ojala pudiéramos tener algo de esa paz que ha mencionado para poder pensar y ayudarnos a vivir. Es lo que vamos a tratar de hacer en ésta reflexión.

Antes de comenzar a exponer quiero agradecer a los presentes y, en particular, a los miembros de la Academia acá presentes para compartir esta reflexión. Muchísimas gracias por acompañarnos y ojala pueda decir algo útil en este momento.

Hablar de la pedagogía de la ley es casi un desafío, o es un desafío. Lo sé porque he propuesto a un par de editoriales el libro con este mismo título para publicarlo en coedición, y en alguna ya me dijeron que la palabra “ley” era incómoda en la tapa, que buscáramos cualquier otra forma de titular el libro, pero no “Pedagogía de la ley”, porque cierto sector, viendo la palabra ley, ya no lo compraría. Está bien, acepto que es un buen desafío; pero plantearnos la reflexión sobre una pedagogía de la ley en éste momento y en este ámbito, creo que es importante.

Vamos a realizar un recorrido que tendrá parte de acercamiento práctico a la realidad y parte de reflexión, yo diría de nivel antropológico y fenomenológico, porque quisiera allí aportar algo para el vacío que se ha generado. Vamos a comenzar diciendo que, en los últimos años, ha aparecido una bibliografía muy interesante, que se está acrecentando. En la Argentina, ya a finales del siglo pasado, el doctor Carlos Nino, que debe recordar seguramente el doctor Sanguinetti y muchos de los presentes, publicó en Emecé un libro titulado “*Un país al margen de la ley*”, en el cual, con gran lucidez y gran proximidad a la realidad, analizaba el problema de lo que él llama “*la anomia boba*”, condición que nos hace tanto daño a los argentinos. Pero últimamente están apareciendo libros, como por ejemplo en España el de José Antonio Marina, que es un pensador profundo y prolífico, con: “*La recuperación de la autoridad*”, ya directamente vinculado con éste planteo, que ha pasado a ser uno de los planteos subterráneos implícitos, de la problemática que vivimos. En alguna forma, si se habla de recuperar la autoridad y si se habla de un país al margen de la ley, es porque se nos ha perdido algo que es importante para el funcionamiento social. Y, si se nos ha perdido será bueno averiguar en qué meollos de la historia concreta de las últimas décadas se nos ha perdido.

Vamos a hacer un breve recorrido para aportar algunos elementos nada más. No pretendo de ninguna manera ser exhaustivo con ésta reflexión. Vamos a comenzar diciendo que son síntomas de la pérdida de la autoridad, entre otros, la indisciplina social y la inseguridad. No vamos a detallar un tema que es tan propio de la experiencia cotidiana, con mencionarlo es suficiente. La corrupción, esa burla permanente de la ley a la cual los argentinos en particular estamos tan adheridos, la desconfianza de los vínculos estables: esto también es una forma de pérdida del respeto por la autoridad que

los principios y los valores pueden tener para orientar nuestra vida. Al final, si nos damos cuenta, una vida que no se sujeta a nada, que solamente va por donde se orientan sus pulsiones, sin principios y valores que orienten las pulsiones, es una vida que se sacrifica al vacío. Recuerdo la experiencia vivida en el consultorio, de una mujer que a los cuarenta años me decía: -“Lamento haber vivido inútilmente mis cuarenta años creyendo que la rebeldía era simplemente el sentido para vivir”. La rebeldía “puede ser” la carencia del sentido para vivir, es parte de lo que estamos planteando.

Otro elemento que nos muestra como síntoma la pérdida de la autoridad es la queja creciente de los padres. Hace unos meses llegó a mi consultorio una mamá. Toma asiento y me dice con una sencillez total que se translucía en las lágrimas: -“¿Por qué nos han cambiado el mundo? Cuando yo era adolescente podía entenderme con mis padres aunque tenía mis rebeldías, mi modo de pensar que se iba emancipando de lo que había aprendido, pero siempre podíamos dialogar en algún momento con mis padres. Hoy a mi hijo de dieciséis años no puedo entenderlo. ¿Por qué nos han cambiado el mundo?”. Pero esta queja de los padres es hoy habitual, salvo en aquellos que ni siquiera se dan cuenta del problema que tienen. Pero junto con la queja de los padres, vamos a mencionar la queja creciente de los docentes. Hace unos seis años, dí un curso en la ciudad de Gualaguaychú. Eran trescientos docentes que iban a participar durante un día entero en cuatro conferencias más los trabajos grupales. Para hacer una exposición más cercana a la problemática que tenían en su ambiente, propuse una encuesta de dos preguntas que debían responderlas todos los asistentes. El tema era “El problema de la educación en el momento actual”.

La primera pregunta proponía ¿Cuáles son los problemas más frecuentes que encuentran los docentes en su tarea de educar? Y la segunda era correlativa, ¿Cuáles son los problemas personales que experimentan ellos en la tarea de educar?

De todas las respuestas hubo una que llamó la atención y que la marcaron entre comillas cuando me dieron los resultados: “*El mayor problema que encontramos en las aulas es la presencia de hijos huérfanos de padres vivos*”. Original manera de definir el problema: huérfanos, porque carecían de todo aquello que un padre o una madre tienen que dar como base para la formación de la persona. Pero de padres vivos, porque los padres estaban presentes sin estarlo. Y en esto quiero destacar algo que he notado y que he compartido en varios espacios de conferencias: hoy en día los que más acusan recibo de ésta problemática de la ausencia de respeto por la autoridad son los docentes. ¿Por qué? Porque seguramente en los colegios, donde se agrupan trescientos, cuatrocientos o dos mil alumnos, la cantidad genera un clima mucho más fuerte de crisis del respeto por la autoridad. Los docentes han captado antes que los padres el problema. Y vale mencionar el hecho de que los padres vayan al colegio a acusar al docente porque tomó una medida con respecto de su hijo. Hoy es noticia de casi todos los días en los medios. Es un problema que indica que algo ha pasado con la autoridad.

Y este último tema de los medios de comunicación merecería un tratamiento especial, pero no vamos a detenernos en él ahora.

¿Por qué y cómo ha pasado éste fenómeno de la desvirtuación del principio de autoridad? Trataremos de aportar algunas reflexiones que, repito, no pretenden agotar el tema. Vamos a decir primero que del sentido de dependencia se ha pasado al sentido de autonomía absoluta: el hombre que todavía vivía en alguna medida bajo la sensación o experiencia de que dependía de los ritmos de la naturaleza, era un hombre que tenía propensión a la obediencia, porque los ciclos de la naturaleza se repetían y él se

acomodaba a sus ritmos. La ciencia, la técnica y la tecnología, han deshecho la dependencia del hombre de los ciclos de la naturaleza y eso ha generado una conciencia de que ya no se debe depender necesariamente de nada llamado naturaleza. Todo es ahora una construcción social, (y no entro a discutir esto, simplemente lo presento para pensarlo). Si todo depende de la construcción social, hay un momento en que la construcción social pasa a ser lo que yo pienso y decido, y si pasa a ser lo que yo pienso y decido, pasa a ser lo que yo siento. Y de obrar de acuerdo a un principio convalidado por la experiencia de la comunidad a terminar obrando bajo el principio de lo que yo siento como pulsión, hay una distancia grande.

Hoy en día esto está vinculado con el imperio del deseo, en el cual hemos confundido dos dimensiones que son esencialmente diferentes aunque tengan algún punto de contacto. Hemos confundido *espontaneidad* con *autenticidad* y, en nombre de la espontaneidad, convertida en autenticidad, hemos desvirtuado el sentido de la autoridad como uno de los factores que considero fundamentales. La espontaneidad es común con los animales, porque es obrar de acuerdo al instinto: En el caso del hombre, a la pulsión sin regulación racional. La espontaneidad es eso, nada más, y la tenemos en común con los animales. Pero se dice, y uno lo escucha por los medios en forma habitual: -“*Yo soy autentica o yo soy autentico, yo digo y hago todo lo que siento, como lo siento y cuando lo siento*”. Ahí surge el conflicto, porque no hay forma de integrar conductas que se rigen por este principio. Una es la espontaneidad, y otra esencialmente distinta, aunque tenga algo de parecido, es la autenticidad. Ser autentico es obrar de acuerdo a una condición o naturaleza, respeto los puntos de vista, condición o naturaleza que marca un modo necesario de obrar. La autenticidad en el ser humano pasa por la capacidad racional de integrar las conductas de un modo que respete los valores que son esenciales para la vida propiamente humana.

Otro asunto: la democracia, que ha pasado al democratismo. En “*La Rebelión de las masas*” de Ortega y Gasset, se vió necesitado de hacer una observación. Y yo diría que Ortega con ese libro fué uno de los precursores de todo lo que se ha escrito sobre la posmodernidad, necesitó hacer una observación cuando dijo que: -“Toda sociedad humana es estructuralmente jerárquica”. De esa concepción equilibradísima de Ortega hemos pasado al democratismo, a nivelar las posiciones y no reconocer que en toda organización democrática somos iguales en dignidad y en derechos, pero no iguales en funciones, y que corresponde respetar las funciones para que puedan vivir adecuadamente esa sociedad y esa democracia. De la democracia, hemos pasado al democratismo, pero de la misma manera que se ha democratizado la palabra de una manera que es positiva y es discutible.

La democratización de la palabra.

Hoy en día asistimos a un proceso de democratización de la palabra. Suelo escuchar lo que puedo de radio, y ver lo que puedo de televisión, como una forma de pulsar lo que está pasando en la sociedad en que vivimos. A veces me impresiona profundamente el ver cuantos programas, de radio especialmente, se construyen sobre la base de lo que aportan los radio-escuchas que llaman y opinan sobre el tema propuesto. Son infinitos los programas contruidos de ésta manera, pero, implícitamente, esto ha democratizado la palabra. Antes hablan pocas personas, en casa hablaba papá, hablaban papá y mamá, en el colegio hablaba la maestra, hoy en día habla todo el mundo. No estoy oponiéndome antidemocráticamente a que esto haya surgido como un derecho y una posibilidad, estoy diciendo que es un planteo nuevo, pero hoy en día cuando todos

opinamos, opina el que sabe sobre el tema y el que no sabe sobre el tema y puede pasar todo con el mismo nivel de credibilidad inmediata, si no se somete a una prueba de realidad para ver si tiene validez real o no. Para ver si lo que opina cada una de las personas que llegan al colegio tiene validez o no educativamente. Para ver si cada mensaje que le llega a mi hijo tiene validez o no de acuerdo a los criterios con que yo como padre o madre quisiera educar. La democratización de la palabra es una realidad ambivalente. No la podemos negar porque sería antidemocrático, pero que es un problema de la actual sociedad sí es verdad.

El culto de la adolescencia.

Hoy en día se está hablando del síndrome de Peter Pan, de los adolescentes que no quieren madurar. A mí me llamó la atención leyendo a Barman cuando hablaba de que la adolescencia hoy se ha adelantado en varios años y se ha postergado indefinidamente. Es precisamente es el síndrome de Peter Pan: no se quiere dejar de ser adolescente, con lo cual se vive en una perpetua rebeldía que no permite a los adultos asumir el rol de adultos para cumplir el rol de autoridad. Porque si hay algo que caracteriza al adulto, entre otras cosas, serían éstos tres principios: haber resuelto los criterios de verdad con que ha de vivir, haber resuelto los criterios de valor con que ha de organizar su vida, y haber resuelto un proyecto de vida en base de los criterios de verdad y de valor que considera básicos. Cuando se posterga esto, no hay adulto, y cuando no hay adulto no hay quien ejerza la autoridad.

Recuerdo una pequeña anécdota. Un día terminaba una conferencia para docentes en Córdoba. Había hablado entre otras cosas de la importancia del adulto, sobre todo en los primeros años de acompañamiento del educando. Se formó naturalmente un grupo de conversación sobre el escenario mismo, y una docente, que era psicóloga, dijo de pronto: -*“Muy bien lo que dijo sobre la importancia de los adultos al lado de los chicos, sobre todo en los primeros años pero ¿dónde están los adultos?”*; Sin duda que era una buena ocurrencia porque era una buena pregunta. Actualmente la prolongación de la adolescencia hace que falten adultos en los lugares donde deberían estar para ejercer el rol de autoridad que les corresponde. Es otro de los lugares por donde se ha perdido la autoridad que nos está faltando.

La conciencia social de los adolescentes.

Y por último quisiera mencionar para terminar éste elenco de algunas observaciones, la conciencia social de los adolescentes. No se está hablando suficientemente de esto, pero los medios y las redes de Internet, etc., están generando la posibilidad de que los adolescentes se comuniquen entre ellos y vayan generando una conciencia social de adolescentes, que tienen su modo de pensar, sus paradigmas para entender la vida, su modo de vivir, y lo van imponiendo a veces, por encima de toda forma de control o de legislación. ¿Un ejemplo de esto? El “faltazo mendocino”, que ya se estaba por extender a otras provincias y hubo una donde se imitó. Esa rateada mendocina era una muestra de lo que es la toma de conciencia de ser una dimensión de la sociedad que tiene sus propios códigos, con toda la carga de rebeldía frente a la autoridad que implica ser adolescente. Todo esto más una cantidad de otros elementos, bastaría mencionar algunos autores como Lipovetsky (“El final del deber” y “La era del vacío”), sobre todo cuando describe la post-modernidad, que nos hacen entender por donde se ha ido perdiendo el valor de la autoridad.

La hipercrítica.

Hoy en día nadie está exento de ser criticado, en privado y en público, y esto desnuda todas las falencias de las autoridades. Recordemos cuando Neil Postman decía que una de las cuestiones que debíamos resolver era que los niños habían perdido tres grandes secretos. El primero era el secreto era sobre la sexualidad, ya todo era público ahora y manejaban los parámetros de la sexualidad desde muy pequeños porque estaban informados de todo. El otro era el de que los adultos antes se consideraban capaces de manejar razonablemente la sociedad, era creíble la autoridad. Hoy en día no es creíble ninguna autoridad. Se pone en tela de juicio a todo el mundo y de cualquier forma. Todos hemos visto programas de televisión en los cuales se ha ridiculizado de forma sumamente grotesca a las autoridades, aún de nivel presidencial, y eso pasaba por ser una diversión. No negamos el humor político, pero hemos pasado la raya y hemos entrado en lo grotesco que desautoriza el rol de autoridad que la persona está ejerciendo, y por ende a la institución.

La urgencia de huir del autoritarismo.

Y ahora entramos en uno de los temas espinosos: es verdad que venimos de épocas en que, con predominancia de un criterio de que el hombre estaba destinado a la dependencia y a la obediencia, se abusó de eso y se llegó al autoritarismo. Pero para huir del autoritarismo, como suele ocurrir en la experiencia humana, hemos llegado al extremo pendular: para huir del autoritarismo caímos en el permisivismo, que es tan nocivo o más que el autoritarismo. ¿Y por qué hago ésta observación? Porque el autoritarismo tiene de malo, desde el punto de vista psicopedagógico y social, que recarga de estructuras a la persona, impidiendo el desarrollo normal de su espacio de libertad y de identidad. Pero la permisividad genera otro problema del ser que está en educación, genera la carencia de límites y la carencia de estructuras que es lo que más acerca a un ser humano al límite de la psicosis. Toda psicosis propiamente tal, tiene de particular que se borra el límite entre la fantasía y la realidad. Es cuando ya no se sabe con claridad y prudencia dónde moverse; se le ha perdido el piso y no se tiene donde apoyar solidamente los pies porque no se sabe donde empieza la realidad y donde termina la fantasía. Cuando un chico va creciendo en un ambiente donde no hay límites porque todo es permisividad, donde no hay autoridad porque todo es permisividad, tiene una estructura tan amorfa que lo aproxima a la carencia de recursos para autogobernarse, precisamente porque no diferencia la realidad posible y coherente de su deseo informe.

Los padres que no quieren frustrar a sus hijos.

Es parte del tema que acabamos de tratar. Pero recuerdo una anécdota que no quisiera dejar de contar: Había terminado una conferencia para padres en un colegio muy nombrado y, cuando al concluir se dio la posibilidad de dialogar, un papá se levantó con toda sencillez y dijo su punto de vista: - *“Yo nunca les niego nada a mis hijos porque no quiero que sufran la angustia del no”*. Es parte de la filosofía con que hoy estamos destruyendo el principio de autoridad. El “no” es parte del “sí”, porque donde hay un sí hay implícitamente un no. Toda forma de libertad implica elección y para elegir no hay otra alternativa que realizar un acto de selección entre lo que tomo como válido y valioso y lo que tengo que dejar porque es menos válido o menos valioso. Si no hay “no” es porque tampoco hay un “sí” claro. Donde no hay límites difícilmente hay

valores. Otra fuente de ésta licuación de la autoridad es ésta posición de los padres que no quieren que sus hijos padezcan los límites que tuvieron ellos, con lo cual se exagera el punto de vista y se lo lleva a una situación que es negativa para la educación.

La supresión del concepto de voluntad.

Sobre ésto no vamos a extendernos porque sería un tema aparte, pero, si no hay voluntad, tendríamos que preguntarnos ¿quién es el encargado de la capacidad de autogobierno en la persona? Cuando se me responde en nombre de una posición psicoanalítica que el deseo es el que cumple el rol de voluntad para limitar al deseo, yo me encuentro con una tautología: el deseo no puede limitar al deseo. Tiene que haber una dimensión supra-deseo que sea la que tenga la capacidad de limitar al deseo, porque el deseo como tal, no tiene límite de realización. A más cumplimiento del deseo, más deseo del deseo. La única forma de encontrar una contención para orientar el deseo es que haya una instancia superior al propio deseo. Hoy hemos limpiado, la palabra tiene intención, la educación y ante la psicología y la psicopedagogía del concepto de voluntad. Considero que tendremos que recuperar el concepto de voluntad para que podamos volver a tener pilares firmes donde poder poner la armadura de un buen techo que cobije la casa en el proceso de la educación. La voluntad no será el voluntarismo de otros tiempos, pero sí una capacidad reguladora que nos permita llegar al autogobierno.

Un pasaje de Zigmunt Barman.

Bauman en su libro *“La vida líquida”* - uno de sus últimos libros, editorial Paidós- tiene un cuarto capítulo que lleva como título *“Una cultura ingobernable”*. Así llama a esta modernidad líquida que él describió en su famoso libro *“La modernidad líquida”*. Y en ese capítulo dice algunas cosas que vale la pena considerar: *“La cultura indisciplinada e imposible de controlar”*. Vamos a leer su texto: *“Villeglé, Valdes y Braun Vega, son artitas representativos de la era moderna líquida, de una era que ha perdido confianza en sí misma y con ella la valentía para imaginar y esbozar y aún menos para seguir modelos de perfección, entendiéndolo que por tal el estado en el que ninguna mejora adicional es ya necesaria ni posible, y en el que todo nuevo cambio solo puede ser a peor. A diferencia de la era de la modernidad sólida que la precedió, que vivía enfocada hacia la eternidad, una forma abreviada de referirse a un estado de uniformidad perpetua, monótona e irrevocable, la modernidad líquida no se fija en ningún objetivo ni traza línea de meta alguna y, solo asigna una cualidad permanente al estado de fugacidad, el tiempo fluye, ya no sigue su curso inexorable hay cambios, siempre los hay, siempre son nuevos pero no hay ningún destino ni punto final, ni tampoco expectativa alguna de cumplir una misión. Cuando la cultura se concibe de ésta manera, no hay ninguna expectativa de cumplir una misión, ya no tiene el sentido de línea ascendente con que nació el concepto de cultura”*.

Pero a esto que dice Bauman vamos a agregar algo que dice Lipovetsky, refiriéndose a este clima en el cual estamos diciendo que hemos perdido la autoridad. Es el contenido de su libro *“El crepúsculo de deber”*, editorial Anagrama: *“Hay dos tendencias del individualismo contemporáneo, por un lado un individualismo responsable y organizador, por el otro un individualismo autosuficiente, sin reglas, desorganizador, dicho de manera brutal irresponsable. Pensemos si no hay una manera de radiografiar este mundo que estamos viviendo. No soñemos, no habrá salida final en el combate que libran esas dos lógicas del individualismo, van a continuar por caminos diferentes*

cohabitando y chocando ya que se trata de una cultura que reduce los deberes y consagra los derechos, expresiones e intereses de las subjetividades, “El crepúsculo del deber”. (Anagrama, Barcelona, página 191), y agrega unas páginas más adelante: *“El reino de la especulación a ultranza y, por contagio, el del individualismo irresponsable, sin reglas, es el que tendencialmente ganará a sectores cada vez más amplios de nuestras sociedades”.* Y esto dicho por un hombre al que de ninguna manera podemos acusar de ser crítico de la post-modernidad; al contrario, los libros de Lipovetsky siempre navegan en el filo de la indefinición, pero más parece que afirman que esto es una realidad que hay que aceptar como tal. Acá él mismo está reconociendo que el individualismo salvaje e irresponsable es el que va a tender a ganar a mayores sectores de la sociedad: es parte de la realidad que estamos viviendo.

Un cimiento para la autoridad.

Ante esto se nos presenta la tarea de repensar donde fundar de nuevo el criterio de autoridad para que no partamos de ningún supuesto, ni valorativo, ni de criterios que puedan aparecer sesgados de alguna manera; algo que pueda tener la validez de la aceptación de los que pensamos diferente. Porque partir de un supuesto filosófico o religioso determinado, ya limitaría la aceptación. Tenemos que encontrar un punto existencial que podamos compartir todos. Vamos a ver si eso es de alguna manera posible.

Ante el *“Imperio del caos”*, (un libro de Alain Joxe), y la necesidad de partir de un lugar común a todos, vamos a partir inicialmente de la etimología de la palabra “autoridad”. ¿Cuál es la etimología de la palabra autoridad? Viene de “auctor”, del latín, autor. “El autor de” tiene autoridad sobre aquello que realiza, es el que lo ha llevado a ser una realidad posible, concreta. El autor de un cuadro, el autor de un libro, el autor de una vida.

El autor tiene un poder sobre su obra porque es precisamente el que la ha realizado. De la palabra auctor viene el verbo, latino también, *“augere”*, que significa “hacer crecer”. El autor es el que tiene la capacidad de hacer crecer la obra para que llegue a plenitud. Ésta es la etimología de la palabra autoridad. Pero si ahora analizamos cómo surge la palabra autoridad y qué incluye, vamos a encontrarnos con algunas observaciones interesantes. Primero vamos a decir lo siguiente: ninguna palabra es inventada por un académico, la palabra surge de la sociedad porque hay una realidad que tiene que ser nombrada. Ni un filósofo, ni un sacerdote, ni un científico inventan propiamente la palabra. La palabra surge por una necesidad de la realidad que tiene que ser nombrada. Por eso es interesante seguir su etimología: ¿qué necesidad había de utilizar ésta palabra para determinar qué cosa y, qué cosa hay detrás de la palabra autoridad? Cuando yo me encuentro con que llamamos autoridad a aquel que preside a un grupo social, a una comunidad, me doy cuenta de que se trata de hacer crecer a esa comunidad para que llegue a una meta supuestamente ideal de desarrollo, grupal y personal. De modo que la palabra autoridad implica ya de por sí, un grupo social. Pero cuando decimos que implica ya un grupo social, estoy diciendo implícitamente que implica una meta. Y acá sería discutible lo que leíamos recién de una cultura concebida como “una repetición de momentos presentes sin conexión de crecimiento” (Barman). Hay una meta: hacer crecer a ésta sociedad para que viva de una forma adecuadamente humana. Si reflexionamos constatamos que tenemos ya dos elementos, un grupo social que tiene meta. Pero para que sea posible que esto se realice, esta autoridad tiene que tener la potestad de aplicar determinadas medidas para que la meta de ese grupo se pueda

cumplir y se llegue a la plenitud esperada. De modo que la palabra autoridad ya nos pone ante una realidad que implica el ejercicio de un poder que logre que se cumpla una meta de crecimiento de todos aquellos que pertenecen al grupo al cual tiene deber de servir quien ha sido designado para tal rol. Pero no es solamente esto lo que quisiéramos decir: supone una dimensión social, es connatural a la condición humana, implica un llamado hacia una meta, exige normas que señalen el camino, debe disponer de una potestad apta para hacer cumplir los fines. Y es aquí donde nos encontramos de nuevo con la necesidad de reconsiderar lo que hemos dicho sobre cultura: la posmodernidad tiende a ver la cultura en forma de simple sumatoria de momentos desagregados, no hay continuidad. Tendríamos que discutir esto como punto de partida, creemos que eso no es bueno para la condición humana.

La cultura.

La cultura ha nacido como una forma de ir cultivando, de alguna manera, a éste ser que surge desde lo atávico, y va aspirando cada vez más a formas que ese mismo esfuerzo va mostrando como superiores en la manera de realizar la vida humana. Si nosotros limitamos el concepto de cultura al simple hecho que se da sin ningún criterio de valoración, estamos destruyendo un elemento fundamental del concepto mismo y de la etimología misma de autoridad: surge la autoridad porque hay una meta hacia la cual hay que llegar. En el momento actual estamos desvirtuando la meta hacia la cual hay que llegar, porque se supone que toda “vida humana” es igualmente válida en su realización, lo cual parece que choca contra la evidencia. No todas las vidas humanas son igualmente válidas en su realización, de la misma forma que no todas las culturas son igualmente válidas para la realización humana. De ninguna manera podemos admitir que el nazismo o el stalinismo han sido dos culturas tan válidas como otras culturas que tratan de abrirse paso en Occidente o en Oriente. No es verdad que todas las culturas sean iguales porque no todas realizan de la misma manera la dignidad humana.

Partir desde el origen.

Dicho esto, vamos a tratar de dar un paso más y vamos a proponernos otra manera de redescubrir la autoridad. Vamos a suponer un grupo primitivo humano, y digo grupo porque concebir la persona humana es concebir al grupo humano. No hay forma de hablar de persona humana, sino en la dimensión social.

No somos solamente “individuos” como una vaca o un árbol, somos algo más porque tenemos una autoconciencia responsable de una dimensión moral que es irrenunciable. Nosotros somos capaces y estamos obligados a realizar nuestra vida. Pero al definir persona tenemos que cuidar que se den las dos dimensiones propias suyas. Yo la he definido en mi libro “*Pedagogía de la personalidad*”, diciendo que “*La persona es el ser racional que es-siendo-con-los-otros*”. No hay forma de ser persona sino siendo uno mismo siendo con los otros. No puedo lograr ser yo mismo si no soy con los otros. Pero no soy con los otros, si no soy yo mismo, porque me convertiría, simplemente en parte de una masa. La persona implica las dos dimensiones, de modo que vamos a hablar siempre de persona, y no de individuo, porque no corresponde por ser reductivo. Cuando hablamos de individuo estamos en un clima de individualismo que puede volverse exacerbado como el que nos planteaba Lipovetsky hace un momento. Cuando hablamos de la otra forma podemos volvernos colectivistas y creemos que tampoco es

el clima para nuestra realización. Cuando hablamos de persona, hablamos de las dos dimensiones, ser individuo y ser social, indisolublemente unidas, porque nadie puede existir sino en el seno de la sociedad humana. Pero si existimos en el seno de una sociedad humana surge, inmediatamente, que los que convivimos reconocemos de que hay conductas que harían bien al grupo y conductas que harían mal al grupo. Surgen los valores. No hay forma de existir como grupo de personas, sino reconociendo que hay conductas mejores que otras conductas. Pero donde surgen los valores, vamos a emplear una palabra que hoy en día no tiene popularidad, donde surgen los valores surge el límite y la ley, inevitablemente. Porque si hay algo que vale frente a algo que no vale o vale menos, debemos regular de alguna manera la conducta de la sociedad, (Aristóteles, “Ética a Nicómaco”), de modo tal que se vivan aquellos valores que hacen bien a la sociedad. Así, pues, si hablamos de personas estamos hablando de sociedad, son indisolubles. Pero si hablamos de sociedad estamos hablando de valores, y si estoy hablando de valores, no puedo evitar la aparición de los “límites”. Pero si hablamos de límites, que son la contra cara del valor, -(el límite es nada más que la determinación de que hay algo valioso que debe ser cuidado, porque es importante para la vida humana), tenemos que hablar de sanción, y esto es parte de la cuestión crítica de hoy con respecto de la autoridad: no se quiere sancionar. Una educación sin sanción, sin premios ni castigos, como una vida social sin premios ni castigos, no tiene la solidez necesaria para ser lo que tiene que ser.

Sanción y represión.

¿Plantear la sanción no es aproximarnos al delicado tema de la represión? Esto es lo que yo quisiera aclarar de alguna manera. La sanción tiene algunas dimensiones que vale la pena explicitar, porque no es suficiente con decir que tiene que reparar el tejido social dañado. Yo suelo distinguir cuatro dimensiones y funciones de la sanción: una primera es la reparación del tejido social dañado, no hay discusión mayor con ésta dimensión, aún entre los legistas. En segundo lugar el valor punitivo para el responsable; esto es más discutido pero en general se admite. Pero no termina ahí la función de la sanción: hay una tercera dimensión o función que es actuar como alerta para la sociedad. Es la que nos dice: “Cuidado con esto, porque daña al grupo, cuidado con esto porque al final deteriora la vida de todos y la vida de cada uno.

Pero queda una dimensión más y es una dimensión que las posmodernidad, esta modernidad líquida, no tiene suficientemente en cuenta. Vuelvo al recuerdo de lo que dije sobre espontaneidad y autenticidad. La última dimensión que quisiéramos destacar como valor de la sanción (cuando se viola la ley que defiende un valor como bien de la comunidad) es: consolidar, reforzar la dimensión positiva de la persona, y ayudarla a no caer en las debilidades que le son cercanas. Aquello que decía Herwin Laszlo en “*La Gran Bifurcación*”, el gran drama del homo sapiens, es que es sapiens, y es el responsable de tomar decisiones sobre su vida que pueden dañar no solo su vida, sino la biosfera y hacer imposible la vida sobre el planeta. ¡Ah, pero entonces somos responsables! Como él dice: -“Para el homo sapiens, ser sapiens es una condición de todo o nada; y es mejor que lo sea totalmente y sin falla”. Creemos que es una absoluta verdad. Entonces, a la parte positiva de la persona la tenemos que reforzar diciéndole: “*Si usted obra de ésta manera, hace daño a la comunidad, se hace daño a sí mismo; esté atento porque además habrá una sanción si usted cae en la debilidad que lo lleva a transgredir la ley que viola el valor*”. De modo que reforzar la dimensión positiva de la persona, que es ambivalente, como bien dijo Murray: -“La cultura siempre será

ambivalente porque depende de la libertad humana, y la libertad humana siempre podrá elegir bien y elegir mal”, es algo profundamente saludable. Reforcemos la potencialidad para elegir bien. Esto también es una dimensión positiva de la sanción. Establecer que hay sanciones para quien viola la ley, no es reprimir: es consolidar la posibilidad de obrar bien en la persona que tiene la ambigüedad propia de un ser libre.

Si consideramos lo expuesto hasta aquí, tendremos la siguiente secuencia: persona = sociedad, que es indisoluble. Esto implica valores, que reclaman leyes y normas. Estas indican sanciones y, la sanción más todo lo que viene en el entramado que acabamos de describir como una secuencia indisoluble, implica alguien que se haga cargo de velar por los valores que dan respaldo sano a la vida del grupo. Por lo tanto hacerse cargo de promulgar las leyes y las sanciones que acompañen a las leyes para que se cumplan esos valores que hacen bien a la comunidad y a cada miembro de la comunidad. Esto es la autoridad. La autoridad es un servicio para que funcionen las sociedades, de modo que no corremos el peligro ni del autoritarismo, que sería la autoridad por la autoridad, pura represión, ni el permisivismo que sería la permisividad por la permisividad que es el descontrol. La autoridad es un servicio que tiene necesidad estructural dentro de la condición humana. Donde hay sociedad humana tiene que haber autoridad por ésta secuencia lógica que he tratado de presentar. Persona y sociedad son indisolubles. Pero donde hay sociedad hay valores que aparecen inmediatamente en la conciencia del grupo. Donde hay valores tiene que haber ley, norma; pero donde hay norma tiene que haber sanción, porque de lo contrario se desvirtúa la ley. Y si hay todo esto tiene que haber alguien responsable del cuidado de los valores, de la promulgación de las leyes y de la aplicación de las sanciones, lo que exactamente es la autoridad. Volver a reconstruir la autoridad es una tarea que nos toca a todos en éste momento.

Pero vamos a apoyarnos en dos textos de Aristóteles que considero imperdibles... dos mil quinientos años de experiencia humana, nos siguen diciendo que el Estagirita tenía razón en las cosas fundamentales que dijo en ese libro, “*Ética a Nicómaco*”, que sigue siendo de actualidad para todos. Dice en el libro segundo capítulo uno: -“*En cambio las virtudes se adquieren como resultado de los ejercicios y de las prácticas conducentes, y es necesario obrar primero. Esto viene confirmado por lo que ocurre en las ciudades. Los legisladores hacen buenos a los ciudadanos haciéndoles adquirir ciertos hábitos y ésta es la voluntad de todo legislador, pero los legisladores que no lo hacen bien se equivocan gravemente y con esto se distinguen las buenas formas de gobierno de las malas*”. Más claro es imposible. Pero tiene otro pasaje que conviene adjuntar. Dice en el libro décimo, capítulo nueve: -“*Por ésta razón la educación y las costumbres de los jóvenes deben ser reguladas por las leyes, para transformarlas en algo habitual en lugar de ser algo penoso. Quizás no sea suficiente haber recibido una recta educación y cuidados adecuados en la juventud, sino que desde esa edad, los hombres deben practicar y acostumbrarse a éstas cosas también en la edad adulta. Para ello necesitamos leyes y en general para toda la vida, porque la mayor parte de los hombres obedecen más a la necesidad que a la razón y responden más a los castigos que a la deshonra*”. El texto no es mío, es de Aristóteles. La autoridad es necesaria para que se cumpla la secuencia completa: persona-sociedad, persona-sociedad-valores, persona-sociedad-valores-leyes, persona-sociedad-valores-leyes-sanciones, persona-sociedad-valores-leyes-sanciones-autoridad. Así hemos cerrado el circuito del ordenamiento del grupo social y de la persona humana. Pero esto que estamos diciendo parecería que va contra de lo que los chicos nos dicen hoy.

Para evitar todo equívoco, les voy a presentar ahora los resultados de una encuesta que hice en dos oportunidades. A la primera versión la tomé en 1999 para un libro que

publiqué en Editorial Santillana y que llevaba como título “Es Posible Educar”. Esto me obliga a saludar con cariño ésta noche a la directora de Santillana, Herminia Mérega, que está acá presente, que fue quien me editó el libro y, en el cual trabajé a partir de la encuesta. Primera pregunta –(eran once preguntas que se trabajaron con mil doscientos chicos de siete provincias)- decía: “¿Si lo piensas realmente, deseas que tus padres y educadores te dejen hacer todo lo que reclamas y deseas, sí o no?”. Los chicos tenían que responder simplemente Sí o No. Adolescentes de doce a diecisiete años, nivel secundario, varones y mujeres, colegios de gestión estatal y de gestión privada. Respuestas: el 16% de los chicos dijo que SÍ querían que los dejaran hacer todo; el 84% dijo que querían límites. La misma pregunta, en forma correlativa, la hice a un total de 450 padres y docentes. ¿Qué opinaban ellos que responderían los chicos si se les preguntaba si realmente querían que los padres y docentes los dejaran hacer todo lo que reclaman y desean? La respuesta de los padres y docentes fue increíblemente dispar: el 55% opinó que los chicos iban a decir que SÍ, que los dejaran hacer todo lo que reclamaban. Totalmente distinto de lo que decían los chicos.

La misma encuesta, reducida, la he tomado este año entre el mes de julio y agosto, en cuatro provincias, sobre un total de 641 chicos de 12 a 17 años, de ambos sexos y de colegio secundarios de gestión estatal y privada de Olavarría, provincia de Buenos Aires, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, (varios colegios), San Salvador de Jujuy y Termas de Río Hondo, provincia de Santiago del Estero

Primera pregunta: “¿Deseas realmente que tus padres y profesores te digan que sí a todo lo que reclamas y deseas?”. Respuestas:

- 18,10% que SÍ.
- 81,90% que NO.

Hay una variación de dos puntos con respecto a la encuesta que tomé diecinueve años antes, pero la proporción es prácticamente la misma. Lo grave de esto está en el contraste que de nuevo constaté, porque hice la misma encuesta a dos mil padres y docentes de dos provincias. Lo grave fue que los padres seguían opinando que el 55% de los chicos dirían que SÍ quieren que los dejen hacer todo lo que reclaman y desean. Grave desencuentro. El sí lo daban apenas el 18,10%, y habría que tener en cuenta que de esas respuestas algunas son sensatas, (porque ya he aprendido lo que son los límites, etc.)

Segunda pregunta de la encuesta: “¿Mandarías a tus hijos a una colegio donde no hay autoridad real?”. Aquí los chicos se vieron ante un planteo distinto porque ahora ellos eran los responsables de otra vida, ya no era su estado de adolescente que reclama libertad, ahora era la seriedad por el hijo que tenían en un colegio que los ponía ante un compromiso diferente y los obligaba a pensar de otra manera. Respuesta de los chicos:

- Que SÍ los mandarían a un colegio donde no hay autoridad real, 4,21%.
- Que NO; todo el resto, 95,79%.

Esto es lo que piensan los chicos y es lo que la hizo decir a Françoise Dolto: “Los adolescentes son adolescentes pero no son locos”.

Hay dos adolescentes: el que aparece y el que es cuando se lo pone en condición de una auténtica autoridad participativa, pero que está adornada de los caracteres propios de la autoridad que voy a mencionar enseguida. Los chicos son capaces de ser reflexivos y de entrar por un camino de conducta diferente y sensata que, no es fácil, estoy de acuerdo.

Es lo que dice Donald Winnicott: “No es una tarea fácil, es muy difícil, pero es indispensable”. Recuperar la autoridad es un pedido que nos hacen los chicos.

Escuchen lo que dijeron los chicos como tercera respuesta: *¿Por qué no mandarías a tus hijos a un colegio dónde no hay autoridad real?* Respuestas:

- Una buena educación permite tener futuro, 27,45%.
- La autoridad es necesaria para educarse y ser buenas personas, 26,36%.
- Sin autoridad sería un descontrol y se corren riesgos, 24,80%.
- Es necesario aprender a tener límites, disciplina a la vez que derechos, 21,53%
- Para que aprendan y no pierdan el tiempo, 7,48%.

Considero conveniente decir que esta forma de “cerrar” la encuesta fue obtenida de los cien ejemplares abiertos que tomé inicialmente en Jujuy. Fueron los textos de los chicos los que quedaron impresos como alternativas, agregando un espacio (f) para posibles nuevas respuestas.

Lo que me llamó la atención es que la preocupación por aprender era secundaria; les importaba más formarse como personas y alcanzar la garantía básica para tener un rendimiento bueno en la vida. Éste es el adolescente que és. Por debajo del que aparece. Nos están reclamando autoridad.

Todavía queda una pregunta: *¿Los padres de hoy, tienen mucha autoridad, poca autoridad o ninguna autoridad?* Pero me dieron cuatro respuestas:

- Mucha autoridad, 21,84%.
- Poca autoridad, 70,83%.
- Ninguna, 2,49%.
- La justa y necesaria, depende de las familias) 4,48%. Y dejo constancia de que esta pregunta no estaba formulada. Fue expresión de su percepción genuina.

Estamos ante un problema de reconocimiento de la realidad. Los chicos nos están pidiendo otra cosa de la que aparentemente les estamos dando. Si esto tiene algo de veracidad sería bueno ir cerrando frente a la realidad concreta: qué se nos pide y qué podemos hacer.

Lo primero que sugiero, después de pensar un poco sobre este tema, es que no tenemos que esperar un mundo que piense distinto para actuar de forma distinta.

En mi libro “Coraje y alegría de vivir”, escribí hace tiempo,: “*Si espero para ser bueno, que el mundo sea bueno, me moriré sin ser bueno*”. Si espero un mundo sensato que piense distinto para ejercer la autoridad, moriré sin ejercer la autoridad. Hay que partir de lo que hay. Este es el punto básico, hay que partir de lo que hay. Los que tenemos algún rango de autoridad, tendremos que reflexionar para ver cómo encarar decididamente su ejercicio válido, porque se nos reclama que se ejercite la autoridad, por reflexión lógica y por experiencia existencial de nuestros mismos chicos.

¿Qué se necesita para ejercer la autoridad hoy? Creo, es lo que aportó modestamente, lo primero es reflexión. Yo le agradezco al doctor Sanguinetti que haya dicho que tengo la preocupación por este trabajo de aprender a pensar y que publiqué un método para aprender a pensar. Lo primero es reflexionar: esta crisis de adultos que tenemos tiene su origen en que no reflexionamos suficientemente. En algún momento el adolescente tiene que dejar de ser adolescente y pasar a ser joven y, en algún momento, el joven tiene que pasar a ser adulto porque tiene que aprender a ser padre. Y no hay alternativa. Y

no puedo ser adulto y no puedo ser docente y no puedo ser padre, si continúo manteniendo la incapacidad de pensar con seriedad. Cuando yo pienso con seriedad descubro esa secuencia lógica que hemos establecido, y que es un parámetro existencial válido que podemos compartir todos, más allá de credo religioso, opción política o de ideología filosófica.

Lo segundo es decisión. Para ejercer la autoridad hay que tener la decisión de ejercer la autoridad. Esto no se pide, esto se toma y esto implica coraje. Es necesario repensarlo desde este punto de vista que no es voluntarismo. Por eso parto de la reflexión. Cuando yo reflexiono, hago lo que alguna vez hice en mi vida y a mí me hizo mucho bien y de ahí nació mi libro “El hombre, la libertad y los valores”. Estaba haciendo mi doctorado, en Psicología Social y recuerdo que se provocaban debates riquísimos sobre la concepción del hombre. Hasta que un día me dije: “yo tengo que responder por los valores en los que creo”. Para eso tengo que hacer una crisis de todo lo que creo, de todo aquello a lo que he adherido en mi vida. Yo nací en un hogar católico, nací en un hogar de clase media baja, mi padre era un trabajador, no era profesional, mi madre trabajaba en casa, era modista, pero me dieron una buena educación. Y en esa educación fui a colegios estatales y privados donde me formé. Pero ahora quiero saber cómo puedo dar cuenta de lo que yo creo que vale en la vida como para poder tener el coraje de proponérselos a los chicos a los cuales llego en la educación. Entonces empecé a hacer una decantación: esto lo aprendí desde chico, esto lo aprendí desde chico, esto lo aprendí desde chico. Y me he dado cuenta de que esto y esto no sigue teniendo el mismo valor. Cuando era chico aprendí cosas de las cuales ahora me río, porque lo aprendí con la buena voluntad de los que me lo enseñaron. Pero voy a decir una sola de las barbaridades en las que no creo en absoluto. Se dan cuenta que no podría creer, pero a mí de chico me enseñaron que para bañarme en el canal, porque en esa época no había tantas piletas, había que bañarse con una malla que tenía encima del pantaloncito la faldita, porque era la malla que usaba mi padre, porque no se tenía que notar nada, porque era impúdico y, después para colmo de males, eso me lo enseñaron en mi casa donde no se decía ni calzoncillo ni bombacha ni corpiño porque era impúdico, se decía la ropita blanca. Bueno, empecé a descartar cosas, hasta que empecé a llegar a algunos lugares y decía: “Bueno, pero si dejo de respetar al otro... no, esto no, ya no, no funciona. Pero si respeto al otro tengo que serle leal al otro. ¡Ah tampoco funciona ser desleal”. Y reflexionando me empecé a dar cuenta que había algunos supuestos valores que eran culturales, que ya no tenían vigencia porque no eran verdaderamente propios de la condición humana, menos en el momento actual de desarrollo del pensamiento crítico. Pero había algunos valores que seguían perdurando y que iban a perdurar mientras el hombre no vuelva a la jungla y, entonces, en eso yo podía quedarme con certeza y tener el coraje de proponerlo a los chicos porque era válido. Esta reflexión, esta decisión y este coraje es lo fundamental para poder ejercer la autoridad como hoy la autoridad necesita ser ejercida. La otra condición es que yo conciba la *autoridad como servicio*. No tengo el derecho de guardarme el ejercicio de la autoridad porque tengo ganas o no tengo ganas. Es un deber. La autoridad es un servicio, si la concibo como servicio no puedo ser autoritario pero tampoco permisivo. Yo me he alegrado el día que mi hija, ahora mujer de treinta años, de novia en ese momento, me dijo casi azorada: “Papa, con mi novio hemos estado hablando de que vamos a tener hijos cuando nos casemos, y vamos a tener que educarlos, y nos empezamos a preguntar cómo los íbamos a educar...”. Hasta que yo en un momento le dije: “ya sé como los vamos a educar, como me educaron a mí”. Y me acordé de todas las pulseadas que yo había vivido con ella como adolescente y dije: “benditas sean todas las pulseadas que yo tuve que vivir

con ella, me las está agradeciendo, me está hablando que aquel coraje que tuve de ejercer la autoridad.”

Pero con determinadas características que voy a mencionar ahora: no fue nocivo, no le hizo daño, le hizo tanto bien que ahora los quiere tomar como parámetro para trabajar en la educación de sus hijos. Y esas tres condiciones de la autoridad que estoy sugiriendo, que yo aprendí haciendo una reflexión dolorosa, porque confieso que en algún momento sentí que me quedaba caminando sobre el filo de un precipicio y había, realmente, un abismo a mi lado, me quedaba sin nada como soporte para vivir. Pero tuve el coraje de vivirlo hasta que me convencí de que había valores que eran absolutamente esenciales a la condición humana y que me daban la autoridad para proponerlo con lealtad a la nueva generación. Esa autoridad que se ejerce como servicio tiene que tener tres características: *tiene que ser profundamente racional*. Vuelvo a la cuestión de aprender a pensar: no puedo imponer normas que no sean racionales y si no están respaldadas por un valor no son racionales. Todo modo de establecer una ley que no tiene una razón o un valor que la convalide, no tiene derecho de existir. La autoridad tiene que ser racional, tiene que *ser muy firme* y tiene que *ser muy cordial*. Son las tres características que no pueden faltar a la autoridad para poder ser recuperada en éste momento actual de crisis de la actualidad.

Pero hay un factor final, y quiero cerrar con esto, que es el factor humano. Estoy hablando de que necesitamos reflexionar, vivir la decisión, y tener el coraje. Pero esto supone que hay un ser que ejerce la autoridad, que es falible, que somos nosotros. Tenemos que replantearnos la responsabilidad de ejercer la autoridad, la responsabilidad de ser adultos, y esto implica, de alguna manera, aceptar el peso de que toda forma de adultez y de autoridad implica una forma de liderazgo. Entonces llamarnos a una reflexión para ejercer el liderazgo como el liderazgo lo reclama. Es lo que nos va a permitir ser razonables, tener la decisión y el coraje de ejercer la autoridad, sin caer en el peligro ni del autoritarismo ni de la permisividad.

Quiero terminar con éste “Decálogo del líder”, porque toda autoridad tiene que aceptar la responsabilidad del liderazgo:

1. El líder es, ante todo, líder de sí mismo.
2. El líder de sí mismo no anula sus impulsos y deseos ni vive dominado por ellos, sino que los encausa y los gobierna con sensatez, realizando los valores que lo identifican.
3. El líder es capaz de sensatez porque sabe pensar y no vive sumergido en el vértigo.
4. El líder es portador de paz porque su centro está en su interior y no en los otros ni en las cosas.
5. El líder sabe decir “sí” o “no” cuando corresponde, porque confía en la solidez de sus criterios bien fundados.
6. El líder tiene conciencia de que a veces debe discrepar con la corriente del grupo o de la sociedad, pero también sabe que algún día le agradecerán su lealtad con los valores.
7. El líder nunca vive sus convicciones como un gesto de superioridad, sino como una necesidad profunda de su ser, y esa actitud gratuita es lo más genuino e importante de su testimonio.
8. El líder nunca se atribuye la función de salvador, solo sabe que es bueno ser correcto, lo que debe ser, y lo vive.
9. El líder sabe con claridad que se necesita el coraje de serlo, pero también sabe que el coraje nunca es orgulloso ni altanero, sino fraternal y generoso.

10. El líder intuye que los valores a los que entrega su vida son el rostro y el rastro del Misterio que preside la vida, por eso vive la confianza de estar siempre acompañado por el verdadero testigo de su buena voluntad y su coraje.

Muchas gracias.

labakejuliocesar@arnet.com.ar